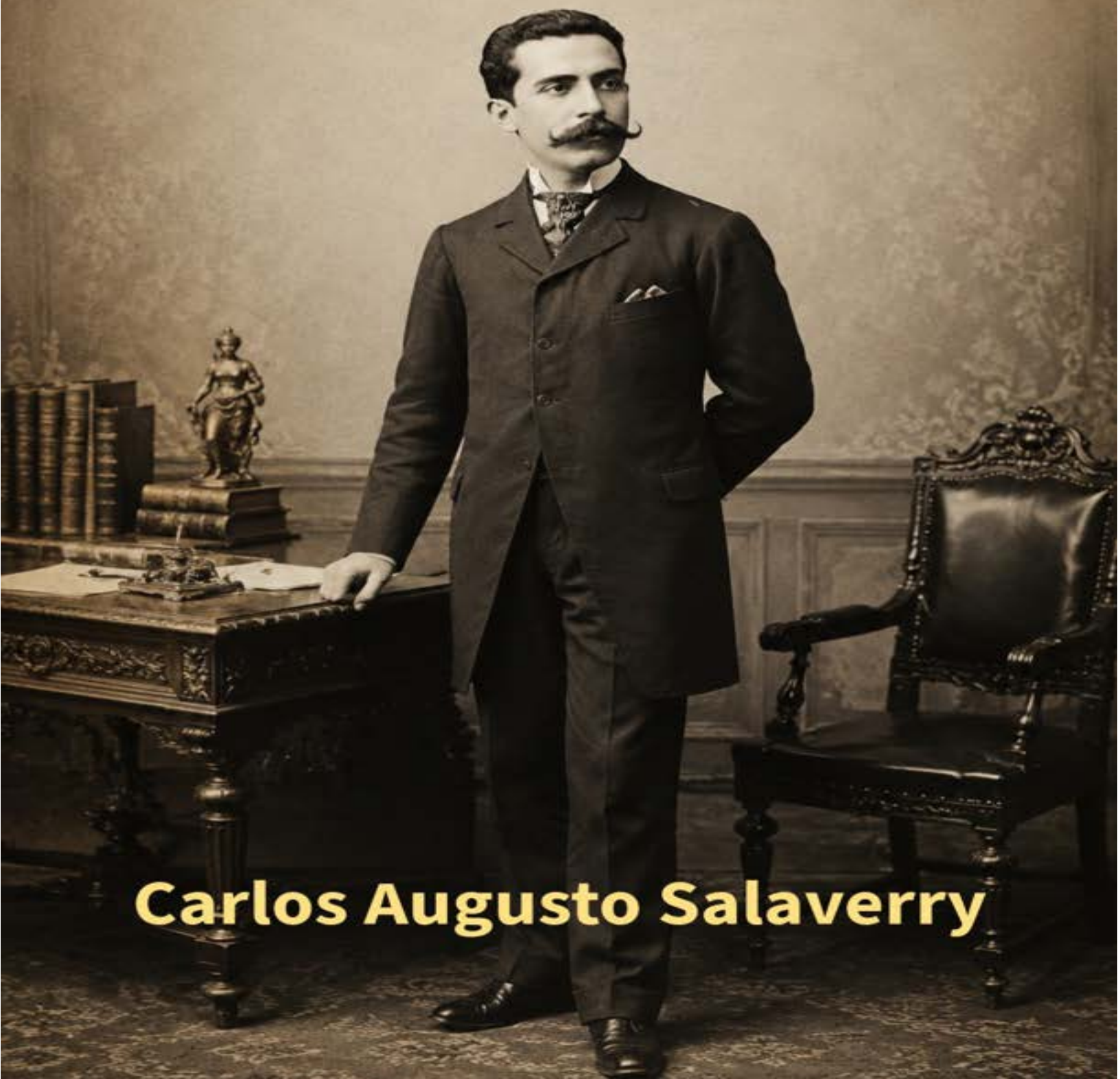


Misterios de la tumba. Poema filosófico



Carlos Augusto Salaverry

PQ
8497
S16
M6

CORNELL
UNIVERSITY
LIBRARY

MISTERIOS
DE
LA TUMBA.

POEMA FILOSÓFICO

ORIGINAL DE

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.



LIMA

IMPRESA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE.

CALLE DE LA VERACRUZ, NÚM. 71.

1883



MISTERIOS DE LA TUMBA.

POEMA FILOSÓFICO.



MISTERIOS
DE
LA TUMBA.

POEMA FILOSÓFICO

ORIGINAL DE

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.



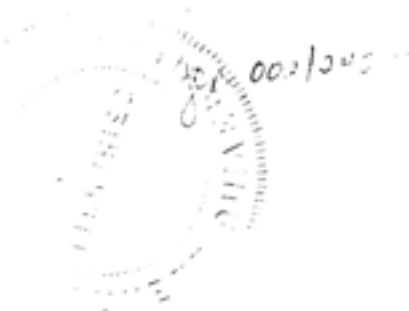
LIMA

IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE,
CALLE DE LA VERACRUZ, NÚM. 71.

—
1888



PO
8497
S16
M16



SEÑOR DON TORCUATO DERTEANO.

Distinguido Compatriota :

A Ud., joven amante de lo ideal y de las recreaciones literarias, asiduo concurrente á los conciertos de la poesía nacional; á Ud., que en medio de la laxitud de nuestra actualidad decadente, conserva todavía en su nativo ardor el entusiasmo por todo lo que es noble, bello y patriótico; á Ud., á Vivero y á unos pocos que se les asemejan por el corazón, debo en estos momentos de marasmo, el halagüeño estímulo que era necesario, para dar á luz mi reciente poema *MISTERIOS DE LA TUMBA*:—mi sueño de gloria, mi esperanza de inmortalidad.

No es que yo crea, como los sacerdotes del Imperio del Sol ó los teólogos del antiguo Egipto, en la resurrección de la osamenta humana; pero sí tengo la creencia en la perpetuidad del recuerdo glorioso que esperaba Cicerón en la inmortalidad que el divino Platon presentía, y en la celeste bienaventuranza que el Hombre-Dios tiene profetizada á los humildes y á los que lloran en la tierra.

Ya en mi libro de *ALBORES Y DESTELLOS*, dejo, en una página, estampada mi sencilla lápida funeral: allí no está el epitafio de un hombre sino el del hombre; y bien pudiera decorar, no importa en qué idioma ni bajo que latitud, ya sea la tumba de un escéptico ó de un creyente, de un monarca ó de un obrero: es un epitafio universal.

Ahora en mi último poema—perdóneseme este inocente orgullo póstumo—he querido construirme un poético

mausoleo, un arco de salvacion en el inmenso naufragio de la humana vulgaridad. No sabré decir hoy si mi monumento es de bronce ó piedra, estaco ó arcilla; pero el soberano juicio público infaliblemente me lo dirá mañana.

Como quiera que sea, si mis consonancias poéticas no llevan los ecos de mi nombre á la memoria de mis futuros compatriotas, menos alcanzaria á realizarlo una maravilla artistica como el Partenon de Fidias ó la colosal pirámide de Cheops, que sepultando al rimador en olvido tenebroso, no porclamarian otras glorias que las del arquitecto y del escultor.

Suele la Fortuna tener severas represalias con aquellos seres humildes que soberbiamente desdeñaron sus favores. La historia de las adversidades inmerecidas llevará eternamente el luto de Milton y Chatterton, Corneille y Gilbert, Cervantes y Beequer.

Sin compararme á tan ilustres mártires del génio y la desgracia, soy infinitamente mas venturoso que ellos. Asi, despues de haber plumado cien mil versos, exhibido en los teatros veinte dramas, ganado diez guirnaldas y tres condecoraciones, servido honestamente á la patria con la inteligencia y el corazon, aun puedo al despedirme del banquete nacional legar á mis compatriotas los despojos de mis peruanas riquezas: un cuaderno y mi tumba.

Felizmente para la patria mi último poema queda ya en letras de molde, capáz de ser multiplicado por el infinito, bajo la salvaguardia generosa de Ud., y de mis nobles amigos.

Gracias le serán dadas, algun dia, á nombre de esta querida patria, mas tristemente infortunada que yó.

CÁRLOS AUGUSTO SALAVERRY.

DOS PALABRAS.

MIRAD esa piedra, ni su forma ni su color os llaman la atención: es como todas cuantas habéis visto sin que despertaran vuestra curiosidad; y sin embargo el químico vá á extraer de ella ricos metales por medio de extraños procedimientos; y el que visteis insignificante guijarro, es hoy un lingote de oro, que siguiendo las transformaciones de la industria, será mañana el placer del avaro y el consuelo de los necesitados bajo la forma legal de la moneda.

¿Ha cambiado acaso la naturaleza de la piedra? De ninguna manera: el fuego y el crisol han extraído de su seno esa áurea sustancia que contenía oculta á las ignorantes miradas del transeunte.—

Lo que los minerales para el químico, son los hechos mas comunes para el verdadero poeta. Allí donde el vulgo de los hombres solo mira un suceso trivial y prosáico, el hijo de los dioses, con el fuego de la inspiración y el crisol de la palabra, presenta á los ojos del filósofo, un tesoro de sublime poesía.—

La copa prosáica, que envolvía el acontecimiento, desaparece entre las llamas del númen; y la esencia poé-

tica que contenia, surge ataviada con las galas del estilo y con la música del ritmo.

No hay mejor fuente de inspiracion que la realidad misma—La naturaleza con sus prodigios, y el hombre y sus obras; he aqui los temas mas fecundos de la concepcion poética.

La ola que se estrella impetuosa contra las rocas de la orilla, y la sonrisa que se dibuja en los labios juveniles, son dos sucesos eternos y que diariamente se repiten; empero, aun no ha extraído la poesia humana todos los tesoros de inspiracion que encierran: son siempre nuevos veneros de inmortalidad para los hijos predilectos de las musas.

Si la mirada científica del quimico descubre en la tosca piedra particulas de oro,—el poeta descubre lo que al vulgo de los hombres no le es dado percibir en las grandes escenas de la naturaleza ni en los hechos mas comunes de la humana existencia!

La pompa magestuosa de un templo enlutado en donde se celebran las fúnebres exequias de un magnate cuyos deudos tienen suficientes escudos para darse esa pueril satisfaccion de vanidad; el sonido reposado y bronco de la campana; el cortejo, vestido con el riguroso ropaje de facticio dolor, la hilera interminable de carruajes y el carro mortuorio rodando sobre el duro pavimento, atrayendo las curiosas miradas de la muchedumbre inquieta y festiva, es un hecho real, que por su diaria repeticion ni admira, ni entristece.—Es tan indiferente para la mayoría de los vivos como para el gélido cadáver que motiva todo ese conjunto de orgullosa ostentacion.

El incrédulo lo considera como el postrer acto de la ragedia humana; el creyente une sus preces á las oracio-

nes de la Iglesia; y tanto el uno como el otro al abandonar las naves del templo, olvidándose de la fúnebre ceremonia vuelven á entregarse á las diarias faenas del mundo.

¿Y el poeta? Mudo y melancólico espectador, ya incrédulo ya creyente, condensando en su alma todas las lágrimas de la humanidad y en la mente todos los enigmas pavorosos de la vida, y colocándose sobre la elevada cumbre del sentimiento que le domina, estudia el conjunto bajo la doble faz del raciocinio y de la inspiración.

Duda con el filósofo, jime con los que sufren; su penetrante mirada—bajo la influencia del estro, se fija en la espiral del aromado incienso, en el pálido cirio, en el rayo de luz que descende como lluvia de oro, sobre el cóncavo oscuro de la rotonda gigantea; y á un tiempo mismo, con impetu eléctrico, agólpanse á su mente recuerdos de la niñez, ensueños de la juventud, decepciones de la edad proveya.....y aquel espectáculo es para él un poema animado al que solo le falta la distribución retórica, la forma espiritual del estilo. En una palabra, como aquellos cuadros en los que al fin la mirada, tenazmente observadora, logra descubrir el venusto cuello de una muger entre las ramas del follaje, de igual modo el poeta, con la lucidez del nùmen,—vé surgir del espectáculo del templo enlutado, junto con la consoladora creencia de la inmortalidad, la imàgen del humano dolor!...«Eureka,» exclama. «He hallado la clave del poema, el alma sol alrededor del cual jirará una constelacion de estrofas inmortales!».....

II.

Estas ligeras reflexiones, sobre inagotable tema,—nos ha sujerido la lectura del bellissimo poema *MISTERIOS DE LA TUMBA* de nuestro querido amigo Salaverry, cuya bondad nos permite colocarlas como humilde fachada de tan suntuoso edificio.—

Es indudable que un hecho trivial, por su repeticion, es la tela en que el poeta ha bordado esta delicada obra de su fecunda y poderosa imaginacion.—Ese anciano lloroso y abatido, lamentando con conmovedores acentos la muerte de su única hija, del encanto de su vejez (porque el amor paterno es el solo ensueño que sobrenada en el pielago sombrío de los desengaños) es el *fiat lux* en la oscuridad del templo, es la piedra angular del canto primero.

Separadlo, y ya no tiene vida poética el primer cuadro.—

Salaverry, abandona en esta su última produccion el lirismo personal,—si se nos permite la frase,—y con mejor y mas vigorosa entonacion entra con firme planta en el fecundo campo del realismo, pero del realismo en su acepcion verdadera.—No es en los *MISTERIOS DE LA TUMBA*, el poeta individualista, sino el poeta humano. No nos cuenta sus propias impresiones sino que filósofo viviendo y pensando por sus semejantes, nos fortifica y nos consuela explayando con sus luminosas ideas la universal creencia en la Inmortalidad.—

El poeta, en el último tercio de la vida, se reposa, no sobre el niveo seno de la hermosura para cantar las glorias de la vida, sino sobre el frío e inerte mármol de la tumba.—Dirige sus miradas á la piadosa y madre tierra, y se siente en el sepulcro retoñar con las plantas, sintiendo el rocío de los cielos...los misteriosos efluvios de la vida universal!—Y considerando que nada es eterno, ni el sueño mismo de la tumba con respecto á la Eternidad, contempla esa temible muerte como una continua y permanente trasformacion de la materia, y como la libertad del espíritu que en ella estuvo prisionero.

Confiamos que este poema abrirá á Salaverry las puertas de la Academia de la Lengua que ha admitido á varios de nuestros distinguidos compatriotas; y ya que las desgracias de la patria y los rigores de la fortuna hacen mas amargos para nuestro amigo los postreros años de la vida, tendrá como justa compensacion, los halagos de la gloria, otorgada por sus contemporáneos, mas dulce y tanjible que la apoteosis de la posteridad.

DOMINGO DE VIVERO.

Lima Febrero 10 de 1883,

¿Are we to live after death? if we are, in what state? These are questions confined to no climate, creed or community; the savage is as deeply interested in them as the sage, and they are of equal import under every meridian where there are men.

COLTON.

Oui, Platon tu dis vrai: notre âme est immortel;
C'est un Dieu qui lui parle, un Dieu qui vit en elle.
Et d'où viendrait sans lui ce grand pressentiment,
Ce dégoût des faux biens, cette horreur du néant?

ADDISON.

(Traducción de Voltaire).

Se alegra el polvo de la fosa oscura
cuando niños cadáveres soterra.
Virgen y madre la fecunda tierra
gérmen ha menester de sangre pura.

Absorbe la sedienta sepultura
las rojas lluvias que le da la guerra;
pero en su entraña misteriosa encierra
el feto humano de una nueva hechura,

A tal incubacion desconocida
la humanidad es fuerza que sucumba:
la sangre es la simiente de la vida !

De aquel hipógeo Sér Dios sabe el nombre;
y, como el Cristo, de la helada tumba
saldrá á la luz TRANSFIGURADO EL HOMRE.

C. A. S.

MISTERIOS DE LA TUMBA.

POEMA FILOSÓFICO.



EN EL TEMPLO.

I.

De pompa funeral engalanada,
exhibía la iglesia iluminada
tapices, joyas y milagros juntos.
Hincada muchedumbre oraba al cielo,
y el sacerdote de su fé modelo
salmodiaba el Oficio de difuntos.

II.

Alzábase allí un túmulo suntuoso
en que esculpido el ángel del reposo
areolado yacia entre dos palmas:
simbolizaba la Inocencia inerte,
la magestad sombría de la muerte,
la irradiacion futura de las almas.

III.

Al golpe de ritual melancolia
con són de bronce el esquilon rompía
la sosegada atmósfera del cielo;
y un séquito de fúnebres carruajes
esperaba dolientes personajes
de alegre faz, aunque de estricto duelo.

IV.

En despedidas lúgubres y eternas
ay! imploramos á las almas tiernas
de una piadosa lágrima el tributo;
mas la etiqueta del dolor facticio
nos hace el dispendioso sacrificio
del guante negro y del crespon de luto.

V.

La iglesia misma su esplendor desata
en cortinas con lágrimas de plata,
fausto que excita popular murmullo;
enciende con mil cirios los altares
en que reza sus tétricos cantares,
postrer consuelo del mundano orgullo.

VI.

—Llorad, me dijo un suspiroso anciano,
este anatema del destino humano
que nuestra suerte en los sepulcros fija:

•

del ataud la sábana mortuoria
envuelve á la beldad que era mi gloria
y la corona virginal de mi hija.

VII.

Dotáronla de gracias portentosas,
con manos llenas de divinas rosas
los ángeles custodios de su cuna;
y á dar alto relieve á su belleza,
yo amontoné á sus plantas la riqueza
dándola el pedestal de mi fortuna.

VIII.

Así enlazaba á los celestes dones
de la tierra adorables perfecciones,
los triunfos de las artes y el talento:
todo para vivir la sonreía....
Ay! en sus labios anheloso ardía
ténue suspiro de vital aliento.

IX.

Su insólita precóz inteligencia,
vaticinaba la fatal sentencia
y el solitario luto en mis hogares.
De nuestros valles y nevadas cimas
llevéla á respirar plácidos climas,
brisas de flores y salubres mares.

•

X.

La llama intelectual bajo su frente
se reflejaba en palidéz creciente,
sombreando con un círculo sus ojos....
la cabeza inclinada sobre el pecho,
hace tres dias se postró en el lecho....
y allí teneis sus fúnebres despojos!

XI.

Ni el oro en profusion, ni la opulencia
que prometí á los doctos de la ciencia,
ni los remedios de la fé cristiana,
ni las santas reliquias... nada pudo
parar el golpe inexorable y rudo:
tan triste y pobre es la riqueza humana!

XII.

Oh! si hubierais amado esa hermosura
á quien aguarda hambrienta sepultura,
ávida de ríer sus formas bellas;
traduciendo á palabras vuestro llanto,
alzariais á Dios un ruego santo
capaz de enternecer á las estrellas.

XIII.

Y no digais que mi razon es fuerte,
que es un tributo universal la muerte,
que Rosa vive en la mansion del cielo....

razones de trivial filosofía
no prestan luz á la conciencia mia,
ni al dolor paternal feliz consuelo.

XIV.

No me pinteis en vuestro ideal idioma
el alma como mística paloma
que hallará, no sé dónde, eterno abrigo....
No hay lengua que mitigue mi quebranto,
y si os conduele mi afflictivo llanto,
oid mis penas y llorad conmigo.

XV.

Venid, poeta, al funeral cortejo
añadió, derramando el triste viejo
lágrimas de sus ojos paternos;
y si mi Rosa vuestro génio inspira,
Dios hará descender á vuestra lira
un rocío de estrofas inmortales.

XVI.

Calló el padre infeliz. Apesarado
sentí á oscuras mi espíritu, abismado
en lo mas hondo del fatal misterio;
mientras al paso, en la ciudad festiva,
rodaba la funesta comitiva
llevando el ataud al Cementerio.

EN EL PANTEON.

I.

Ardia el sol. A sus destellos puros
y á través de la turbia polvareda
que alzaba del camino cada rueda,
destacaba el Panteon sus blancos muros
festoneados de umbrátil arboleda.

II.

Esta verdura en el paisaje toma
el aspecto de rústica guirnalda;
y es el Panteon fantástica paloma
cuyo alto cuello de blancura asoma,
saliendo de entre un nido de esmeralda.

III.

La estatua, el mausoleo, la urna antigua,
la flor y el luto, lo festivo y serio,
dan al Panteon una semblanza ambigua
que, engañando los ojos, atestigua
un Bazar, un Jardín y un Cementerio.

IV.

Una alfombra de sol quemaba el suelo,
de la ciudad hasta el confin del monte;
y la caldeada bóveda del cielo
sin fresca brisa ó vaporoso velo
no atemperaba el cálido horizonte.

V.

Pero al calor del floreciente Mayo
que va en el campo á retoñar las mieses,
cáe del cielo tan fecundo rayo
que parecen salir de su desmayo
en las tumbas los sáuces y cipreses.

VI.

La tierra por el astro encandecida
en un verjel de gala se convierte,
renueva su guirnalda florecida:
todo es germinacion, follaje y vida
aun en el tibio polvo de la muerte!

VII.

En pos de melancólicos desiertos
que animar, el jilguero de los valles
viene aquí á recrear con sus conciertos
las despobladas silenciosas calles
de la ciudad inmóvil de los muertos.

VIII.

Y yo tambien, á mi genial imperio
dejando la expansion de sus caprichos,
busco la soledad, amo el misterio,
la sombra del ciprés y el cementerio
entre dos muros de enfilados nichos.

IX.

Pláceme ver la bóveda florida
que sombréa el palacio de los muertos,
mi frente por el sol enrojecida,
cual guerrero triunfante de la vida
sobre mil héroes en el polvo yertos.

X.

Aquí estan en sarcófagos de gloria
bajo el ropaje de su vil materia,
lejos del pobre y la social escoria,
marcando la injusticia divisoria
entre el póstumo lujo y la miseria.

XI.

Si ya á los vivos su poder no aterra,
su excelsa vanidad no se derrumba;
y con el mármol que su polvo encierra
aun oprimen despóticos la tierra
los ricos Propietarios de la tumba!

XII.

Pero ¿qué son sino apagadas teas
los que en el mundo se soñaron grandes,
erigiendo en maldades sus ideas,
cual sobre humildes rústicas aldeas
se alza orgulloso contra el cielo el Andes?

XIII.

¿Qué son sino anatemas de la Historia
donde dejaron crímenes impresos,
malditos de la tierra en la memoria,
legándonos por símbolos de gloria
vacíos cráneos y desnudos huesos?....

XIV.

En su endiosada majestad tranquilo,
un Faräon, cual maravilla extraña,
hace erigir para mortuorio asilo
más que un palacio, artificial montaña.
cuya arenosa planta besa el Nilo.

XV.

Pero el coloso que la vista arredra
y del monarca la soberbia encómia,
á quien el tiempo mismo no desmedra,
no es mas que un trono de gigante piedra
para el imperio de ignorada mómia.

XVI.

Y no espereis relámpago que asombre
de luz divina que en la historia irradie;
que allí no hay génio, gloria, ni renombre;
es el sepulcro anónimo de un hombre.
¿Quién fué Cheops? Un monarca, es decir nadie!

XVII.

Mientras un loco, amante de la gloria,
coge la pluma, y con su sola mano
eleva tal pirámide en la historia
que estampa en nuestra risa su memoria:
Cervantes vive en el cerebro humano!

XVIII.

Y es que del leño la corteza fofa
sobrenada en el mar, fiero ó en calma:
bástale al génio una ligera estofa,
un paisaje, una égloga, una estrofa
para erigir un mausoleo á su alma.

XIX.

Sarcófagos de piedra cincelada
sepultará el diluvio venidero;
en tanto que, en la edad más apartada,
de siglo á siglo flotará la Iliada,
urna inmortal en que respira Homero.

XX.

Aquí, apartado del rumor del mundo
á quien olvido y á su vez me olvida,
con tan ilustres muertos me confundo,
palpitando en mi seno más profundo
el sentimiento de mi propia vida.

XXI.

Aquí, sobre el abismo ceniciento
en que el humano orgullo se anonada,
de eterna luz mi espíritu sediento
vuela, y respira un inmortal aliento
superior á la tumba y á la nada.

XXII.

¿Pensais que un dia he de morir? Sin duda;
quizás mañana..... En este instante mismo,
sobre mi frente pálida y desnuda.
cayendo de la muerte el hacha ruda,
puedo ser despeñado en el abismo.

XXIII.

Y bien! Como los pobres, mis hermanos,
veré morir mis terrenales penas,
sin que acudan exímios cirujanos
para ingerirme con impías manos
su sacrilego bálsamo en las venas.

XXIV.

No será mi cadáver profanado
por la impiedad de esa cuchilla atea,
que busque y no halle en mi cerebro helado
el foco de mi espíritu apagado
y el nervio sensitivo de mi idea.

XXV.

Yo de la fosa en la sagrada sima,
donde el germen despliega sus tesoros,
sentiré, bajo el hielo que me oprima,
la vida universal que al polvo anima
fecundizando los terrestres poros.

XXVI.

Del humano raudal soy una ola
que corre á hundirse en lóbrega caverna;
pero llevo en mi espíritu la aureola
de la creñcia en Dios. ¿No basta sola
para alumbrarme en esa noche eterna?

XXVII.

La cúpula de altivo monumento
no privará á mi frente embalsamada
del rocío que esparce el firmamento,
del aura matinal—su puro aliento,
y del rayo de sol—que es su mirada....

XXVIII.

Cuando lo juzgue el Hacedor divino
venga esa muerte que al impío aterra.
Por el casto pudor envuelto en lino,
yo cumpliré el misterio del destino
en las entrañas de mi madre Tierra.

XXIX.

Oh! cuando en ella mi cadáver se hunda
y su vida acrecenten mis despojos
haciéndola mi sangre más fecunda,
me cercará de lobreguéz profunda
impenetrable á los humanos ojos.

XXX.

Mas si el oculto Creador no vierte
en sus misterios claridad alguna,
¿qué importa á la Razon, débil ó fuerte,
ignorar los arcanos de la muerte
cuando ignora tambien los de la cuna?

XXXI.

Por mas que el génio su virtud alabe
y la ciencia su luz maravillosa,
¿qué Newton, qué Buffon, qué Pascal sabe
cómo es que el huevo se trasforma en ave
y el humilde reptil en mariposa?

XXXII.

Ved la pradera en flor, la mies lozana,
la rubia espiga que el sustento encierra;
y ved á Eva la deidad cristiana,
generatriz de la progénie humana,
fecunda y milagrosa cual la Tierra.

XXXIII.

Una gota de sangre blanca y pura
por misteriosa alquímia elaborada,
en el seno feliz de la hermosura
reproduce del hombre la figura
en la imágen del hijo idolatrada.

XXXIV.

Y el hombre, arbusto de su sávia lleno
que reflorece en vástagos lozanos,
¿no habrá de ser en el terrestre seno
sino una masa de infecundo cieno,
para oscuro festin de los gusanos?...

XXXV.

Y el alma espiritual, la voz aquella
que impera y doma los instintos viles,
y la imágen de Dios, pura centella
que en la conciencia resplandece bella,
¿pasto serán tambien de los reptiles?

XXXVI.

Y la virtud de Sócrates, creyente
que espera el galardón de sus martirios;
y la eterna justicia omnipotente,
¿serán ensueños de Platon demente,
de Jesús evangélicos delirios?...

XXXVII.

¡Nunca! Bajo la lluvia de la aurora
y al calor de las dulces primaveras,
en la mística fé que á Dios implora,
aguardaré la mano redentora
que me llame á la luz de otras esferas.

XXXVIII.

¿Y en qué remota edad veré risueño
los eternos celajes de otro mundo?....
Ay! no lo sé! La muerte es un beleño,
y Dios no mide nuestro helado sueño:
para él la Eternidad es un segundo.

XXXIX.

Pasan siglos y edades de igual modo
para el hombre y la roca de granito;
mas para aquel que lo ilumina todo
no hay minuto, ni siglo, ni periodo
en la inmovilidad de lo infinito.

XL.

El tiempo es nada. Y si me cabe en suerte
yacer un siglo ó mil entre la fosa,
será, cuando á la vida me despierte,
todo el espacio de mi larga muerte
el sueño de una noche tenebrosa.

XLI.

El alma espera en humildad oscura,
bajo el emblema de una cruz sagrada,
que el sol venga á alumbrar la sepultura
en que Dios á los pobres transfigura.
¿Y los soberbios qué esperais? La nada!

XLII.

Ya la tierra os colmó de sus honores,
la iglesia de sus cánticos de duelo,
el arte de sus ricos esplendores;
y el camino de palmas y de flores
no es el que lleva la virtud al cielo.

XLIII.

Puede que el Hacedor los lazos rompa
que os unian al pobre y la miseria,
que vuestra humana piel no se corrompa,
y que muertos vivaís con régia pompa
en la inmortalidad de la materia.

XLIV.

Estrechísimo el cielo se os dibuja
en que Jesús reparte sus guirnaldas;
y aunque vuestra alma de blasfemia ruja,
no entrareis por el ojo de una aguja
cargando un mausoleo en las espaldas.

XLV.

Por esto, mientras voces monacales
rezan ó cantan la salmodia escrita
acordes con sus páginas rituales;
y mientras los hisopos funerales
agotan su raudal de agua bendita;

XLVI.

yo en bronce y mármol las victorias leo
que el arte rinde á la opulencia vana;
y en la mómia y el alto mausoleo
irrecusables testimonios veo
de la inmortal estolidéz humana.

XLVII.

No infunden ya temores ni respetos
en el Panteon las vanidades fátuas;
y abrigo impulsos de piedad secretos
de calentar al sol los esqueletos
y encerrar en sus nichos las estátuas !....

XLVIII.

Me lamentaba de este orgullo insano
que niega su cadáver á la fosa
en que Dios puso su mas bello arcano,
cuando á llamarle vino aquel anciano
que iba á inhumar su idolatrada Rosa.

XLIX.

—Venid, me dijo con la faz sombría,
y antes que el mármol de la tumba se abra,
viéndola en su atand inmóvil, fría,
dadla el postrer Adios! La poesía
tiene algo de divino en su palabra.

L.

Hoy que turbada mi razon, inquieta
vacila y duda ante el eterno abismo,
hablad con el acento del profeta.
Vosotros sois dichosos: el poeta
siempre que busca á Dios le halla en sí mismo.

LI.

Pero ay! aunque mi espíritu deslumbre
con los mirajes del futuro cielo,
camino en pavorosa incertidumbre
sin vuestra fé cristiana que me alumbre,
en esta noche de dolor y duelo!

EN EL FERÉTRO,

I.

Dolido de este anciano, hendí animoso
el cortejo exequial de los dolientes
que, en derredor de ferétro suntuoso,
tomaban actitudes reverentes;
ya el exterior enfático y lloroso,
ya dobladas pensativas frentes.
Y exclamé:—

II.

¡Venturosa criatura!
Rompes tan niña los terrestres lazos
de la humana clausura,
que, al recogerte en sus maternos brazos,
¡oh, vírgen hermosura,
se estremece de amor la sepultura!
Lejos ya del dolor alzas tu vuelo
sobre este mar de lágrimas profundo.

•

¿Por qué hemos de llorar si en este duelo
nos dejas al partir doble consuelo:
una lágrima menos en el mundo
y un ángel más en la mansion del cielo?

Como tu nombre hermosa,
perfumando el altar de la mañana
naciste al mundo delicada Rosa,
para cumplir desde tu edad temprana
el misterio divino de la fosa,
crisol eterno de la forma humana.

¡Lástima que en el ferétro reclines
tú modelo de encantos celestiales,
que con tan bellos ojos no ilumines
los cuadros inmortales
de un Murillo, al pintar sus querubines,
ó Rafael sus vírgenes ideales!

Mas si la muerte pálida soterra
tanta beldad á tu inocencia unida,
en la imágen de Dios que tu alma encierra .
y en la esperanza que tu pecho anida,
llevas al seno de la madre Tierra
la futura **SIMIENTE DE OTRA VIDA.**

Y fecunda será. Bajo tu losa,
cuando obrero en la tumba silenciosa
destruya el roëdor tus muertas galas,
la omnipotente voz te dirá:—Rosa!
reviste, como Eva,
de otro Eden más feliz la forma nueva!
En poder á mis ángeles igualas;
quebranta las cadenas de la fosa
y á la Inmortalidad tiende tus álas!

III.

Ya el auditorio me inspiraba aliento:
enjugando sus ojos, el anciano
mi estrofa funeral oía atento,
y apaciguaba su íntimo tormento
con la fé y el lirismo del cristiano.

Más tranquilo, su rostro semejaba
iluminado por la luz interna
de la inmortalidad; cual yó esperaba,
viendo en la misteriosa sepultura
solo una senda subterránea, oscura,
que lleva el alma hasta la aurora eterna.

Alzando del impío abatimiento
su anublada razon, sentíme ufano;
y añadí, concentrando el pensamiento,
para desacerbar el duelo humano:

—De las obras de Dios no muere nada:
más allá de la tumba, en transparencia,
yo vislumbro una vida de inocencia
con lámparas eternas alumbrada.

La vida es una copa perfumada,
llena hasta el borde de divina esencia,
y el ángel destructor de la existencia
quíebrala un día con su planta airada.

Rotos del sér los terrenales lazos,
cáe la forma de la vida al suelo,
diseminada en frágiles pedazos.

Pero el perfume se remonta al cielo:
el alma sube, en invisible vuelo,
y la recibe Dios entre sus brazos!

IV.

No habian en silencio fenecido
las profecias de mi fè piadosa,
cuando el doliente anciano, estremecido
de un súbito pavor que no era iluso,
oyó dentro del fèretro un confuso
ténue rumor, un lánguido gemido
entre el clamor de un ay!.... Despavorido,
de fria palidéz la faz cubierta,
su sangre toda yerta,
fijo el aliento y la mirada fija,
corre temblando al ataud de su hija,
donde espera, entre fúnebres despojos,
hallar viva la estrella de sus ojos.
Mas ¡oh enemiga suerte
de un padre en tal dolor, atribulado
ante la horrible imágen de la muerte!

V.

Sofiaba, en la ilusion de su fortuna,
dar á su amada Rosa
una tumba de mármoles preciosa
y un rico lecho cual lo fué su cuna.
Menospreciando el ataud sencillo
de leves tablas en plebeya fosa;

amando el lujo, el oropel y el brillo,
él mismo, infortunado,
en duro cofre de ébano ha encerrado
bajo llave, esa tierna criatura,
su mas preciada joya y su ternura.

VI.

Muchos allí entre el séquito doliente
ven al anciano con adusta frente,
y antes que Rosa su existencia acabe
en angustias atroces,
breves exclaman en confusas voces:
—¡Abrid la tumba! ¿Dónde está la llave?
Otros en tono acerbo y reprensivo
dicen, golpeando con la planta el suelo:
—Habeísnos invitado para el duelo,
mas nó al tormento de un cadáver vivo!
—¿Aguardais que en el féretro sucumba
esa niña infeliz emparedada,
mostrando á nuestra atónita mirada
el espantoso drama de su tumba?....

VII.

Y el padre no responde. Ah! tardemente
de su error inocente
vedle culpable! En lágrimas deshecho
ora se palpa la abrasada frente,
ora registra su convulso pecho;

rebusca de un bolsillo á otro bolsillo
con ansiedad creciente,
que, como en fiebre de delirio ardiente,
trastorna sus recuerdos. Ay! no sabe
en la inminencia de la muerte grave,
dó hallar para que su hija no sucumba
esa funesta ó salvadora llave,
la llave de su vida ó de su tumba!

VIII.

No la encuentra!... ¿Perdióla en el camino
de la ciudad ó del panteon?... Lo ignora;
pero al amago de su cruel destino
cada fugaz minuto es una hora!

IX.

Perdida en esa llave la esperanza
redobla su inquietud. El tiempo vuela.
Hácia el sepulcro la agonía abanza;
y aunque su sangre de pavor se hiela
á la energia del dolor apela.
De vigorosa calma se reviste
y al féretro de Rosa se abalanza.

X.

Sus animados ojos centellean.
De cuantos le rodean
no la piedad sino el auxilio invoca,

por destechar esa prision oscura
que encierra en un sudario á su ternura.

XI.

Con impaciencia loca
contra el sólido leño forcejean,
con ese ardor febril y sobrehumano
que obstinado en el triunfo no desiste....
Pero los nervios de su edad flaquean;
agota el infeliz su impulso vano;
su fatigado aliento se sofoca;
é inquebrantable el féretro resiste,
como una negra roca
á la inerme impotencia de su mano.

XII.

Que fuera más sencillo
y más hábil que tanto caballero,
el golpe de un formon, hacha ó martillo
de la plebeya mano de un obrero.

XIII.

¿Qué hacer? No hay esperanzas! El anciano
que habia en cruel silencio reprimido
todos los ayes del dolor humano;
dilata la expansion de sus tormentos
en amargos sollozos y lamentos,
postrándose ante el féretro de hinojos
y arrasados de lágrimas sus ojos.

XIV.

Infeliz! En el cóncavo profundo
y entre paredes de ébano esculpido,
escucha gemebundo
clamor de angustia y sofocante pena,
que, sin ambiente ni amplitud, resuena
como intenso alarido
en subterránea cueva amortecido.
Esa voz falleciente y clamorosa
presagia ¡ay Dios! la asfíctica tortura
y los suspiros últimos de Rosa.

XV.

Ella, en rígida calma,
de sus pupilas la mirada ausente,
sin hálito al espejo, inmóvil, fría,
era un cadáver. Pero ardía en su alma
imperceptible luz bajo la frente,
y allí su sér recóndito latía
y en la quietud paroxismal dormía.
Desventurada! Ahora
¿qué hallará al despertar?... No el alba pura
que á sus ojos extáticos sonría
y renueva su aliento agonizante;
no al padre á quien adora,
ni el astro rutilante
que en plácido calor la vuelva el día;
sino una estrecha cárcel, noche oscura,
el suplicio de una horrible agonía
y su lecho trocado en sepultura!

XVI.

A su voz, de la muerte precursora
en un martirio incógnito que aterra,
el padre anciano implora
al cielo y á la tumba bienhechora
le abran tambien el seno de la tierra.
Allí, á la sombra del ciprés, postrado
ante el rico ataud que ha abierto él mismo,
y que con puerta sólida ha cerrado
cual si fuese el brocal de un hondo abismo;
entre el llanto, el pavor y la dolencia
que desorientan su razon confusa,
vitupera su póstuma opulencia;
y esa perdida llave que le acusa
sin perdonable excusa,
culpa de parricidio á su conciencia!

XVII.

Oh! cuánto más que el funeral decoro
del soberbio ataud y el lujo vano,
grato le fuera á Dios que tal tesoro
se prodigara con furtiva mano
y tras piadoso velo,
en llevar la esperanza y el consuelo
á los asilos del dolor humano!
El generoso anciano
lágrimas tan acerbos no llorara,
y en torno al ataud le acompañara
el coro de los pobres en su duelo.

XVIII.

¡Cuánto en la lobreguéz menesterosa
en que no brilla caridad alguna
reaplandeciera la orfandad dichosa,
con la superfluidad de la fortuna
que el rico gasta en exhornar su fosa!

XIX.

Esta idea le asalta al pensamiento,
como un remordimiento
que eclipsa su razon, turba su calma,
y con nuevo dolor le punza el alma.
Alza fiero del polvo sus rodillas,
y enjuga sus mejillas,
cual si quisiera en infortunio tanto
que su raudal de llanto
refluyese hasta el fondo de su pecho,
y ahogara en él su corazon deshecho!

XX.

Con la faz cadavérica, inmutada,
lanza á la multitud de espectadores
testigos de sus ansias y dolores,
silenciosa mirada
de intensidad al parecer serena,
pero.... iracunda y de sozobras llena.
Que no halla en el parásito cortejo
de etiqueta social, sino dolientes
de bien peinadas y vacias frentes:

ni un lúcido consejo,
ni una idea feliz, ni diestros brazos
que, en tanta desventura,
pudieran lapidar y hacer pedazos
el lecho del suplicio y la tortura!

XXI.

A impulsos de frenéticos enojos
y escuchando de su hija el ay! doliente
que en sus oídos paternos zumba,
busca al redor, con extraviados ojos,
sólida piedra en que estrellar su frente
en las mármóreas gradas de la tumba.
Torna la vista airada
rápido instante á contemplar el cielo
impassible á su duelo,
implorando quizás con la mirada
para su pena aguda,
como el devoto milagrosa ayuda
como el creyente la piedad sagrada.

XXII.

En tierra y cielo la esperanza rota,
su seno fibra á fibra lacerado,
va á fenecer! Un lamentable grito
en invisibles lágrimas bañado,
de sus entrañas paternales brota;
y aparta horrorizado
sus plantas del necrópolo sagrado,
campo de la quietud para el maldito.

Cogiendo entónces con nerviosas manos
por ambas sienes sus cabellos canos,
de furioso despecho
sacude su cabeza estremecida,
como en postrera convulsion de vida.

XXIII.

Y huye veloz. ¿Adónde vá?—Quién sabe
si termina su pena expiatoria,
y vislumbra más clara su memoria
el sitio adverso en que olvidó la llave!
Corre desalentado un corto trecho,
mas se detiene en fin.... Se sobresalta;
anúdase su voz, su aliento falta;
rasga la vestidura de su pecho;
un soplo abrasador su frente inflama
bañada en sudor frio,
y balbuciente exclama:—
¡Hija del corazon! Piedad!.... Dios mio!....
Me ahogo!.... Y dando maquinales pasos
el infeliz, en loco desvario,
cae á plomo, rendido en nuestros brazos.

XXIV.

Rosa entre tanto, en el angosto lecho
sin aire y luz, á su agonía toca.
Su seno moribundo
siente apagar la antorcha de su vida,
sin esperar mercedes

del cielo ni del mundo,
ay ! ni del padre que tambien la olvida !
Allí, cual presa en tenebrosas redes,
bajo el sudario que sus miembros ata,
su tortura dilata
aire buscando á su oprimido pecho.
Crée dormir y despertar ansía
con anheloso empeño
á la lumbre del día;
abre sus ojos y el pavor la asombra
de hallarse hundida en tan espesa sombra
y no salir de tan penoso sueño.
Encerrada entre lóbregas paredes
tan inflexibles como dura roca,
el aire es tibio y á su aliento escaso.
De frescura y de atmósfera sediento
su corazon, acaso
no redobla en tumulto sus latidos
sino para decir á los oídos,
con un rumor que reiterado zumba,
que ya abanza la muerte, paso á paso,
con infalibles garras en acecho
para coger su presa de la tumba !

Entónces, pobre niña, en ansia loca
de aire y sol, de libertad y aliento,
se agita, se revuelve y se sofoca;
quiere escapar al hórrido tormento
que, con asaltos rudos
sus resistencias débiles quebranta,
y oprime lentamente su garganta,
como una sierpe en redoblados nudos.

¡Socorro! grita.... y el vacío hueco
torna á su oído la palabra en eco;
Piedad! exclama.... El aire en su circuito
le envía á respirar su propio grito.

Duplica su coraje el miedo mismo.
Llama y golpea con los pies desnudos,
con su pálida frente, con las manos,
con su jadeante y moribundo pecho
el funerario lecho....

Y, en ímpetus de vida sobrehumanos,
solo escucha al abismo
que repite en sus ámbitos oscuros
el golpe sordo, entre cerrados muros,
bajo implacable abovedado techo.
Oyése, resonando el calabozo,
en convulsión desesperada y fuerte
entre el dolor, el grito y el sollozo
la lucha de la infancia con la muerte.
Su agonía epiléptica sacude
el ferétero pesado!....

XXV.

Mas de improviso, inesperable gozo,
del Campo-santo el jardinero acude,
fornido y ágil mozo
que, arrojando en el musgo su escardillo,
acorre en alborozo
armado de una escarpiá y un martillo.

Todos ábrenle paso en los asombros
que inspiran la estructura

de una atlética espalda, rēcios hombros
y formidable brazo.

- Llega: su mano enérgica y segura,
de un doble martillazo
rompe como un cristal la cerradura,
y abre por fin el ataud.... Dios santo!
no hubo allí corazon que no temblara
y voz que no exhalara
una piadosa exclamacion de espanto!

XXVI.

Esa Rosa de galas juveniles,
al beso paternal arrebatada
en el albor de sus catorce abriles,
sobre funérea almohada
yacía en su sepulcro inanimada.
De su martirio atroz, cual delincuente
condenada á una múltiple agonía,
ligada en su prision sin luz ni ambiente,
muestra el horror su lacerada frente,
y su pecho aun latiente
bajo el roto sayal que le oprimía.

XXVII.

Pero vive. En el brazo se incorpora
á contemplar el sol de la mañana
y respirar la atmósfera serena.
Vibra á su derredor de susto llena
mirada de sorpresa indagadora;

y al ver la muchedumbre espectadora
que, con ávidos ojos,
á través de la túnica en despojos
su mal cubierta honestidad profana,
como un velo de grana
vivo rubor su marchitéz colora.
Allí, cadáver vivo, amortajada
hallase sola! Al resplandor del día
muestra su desnudéz medio velada,
y á merced de la impúdica mirada
que en contorno del ferétro la espia.
¡No ver al despertar de su quebranto
al tierno padre que la adora tanto
y que por ella rogará en sus preces,
sino aquellas suntuosas comitivas
de enlutada etiqueta—estátuas vivas—
que ve inclinarse ante el dolor, corteses
como en las sepulturas los cipreses!
¡Qué triste soledad desgarradora!
Cubre sus ojos la infeliz y llora!
—¡Oh padre! exclama con la voz doliente,
acude á mi socorro, padre mio!—
y sintiendo en el alma un dardo frío
vuelve en la tumba á recostar su frente.

XXVIII.

Al lúgubre clamor del pecho herido
que oye salir del ferétro cercano,
por el éco de su alma repetido,
de esperanza y de amor estremecido

torna de su deliquio el triste anciano;
y abre rápidos ojos
de insomnio y llanto y pesadumbre rojos.

XXIX.

¡Qué voz es la que ha oído!
Es sueño? Es ilusion? No, está despierto.
Es la ternura lánguida de Rosa
que le llama angustiosa;
es su hija bella, su postrer encanto,
es el tesoro de su amor profundo,
consuelo de su llanto
que no esperaba hallar en este mundo.
Pero la ve. De su ventura cierto,
con el sol que la baña en lumbré pura
alcanza á divisar la vestidura
blanca, tendida en el sepulcro abierto.
Corre hácia ella de esperanza ufano,
palpa la tumescencia de su seno,
pulsa la arteria de su tibia mano,
y oye latir su corazón sereno
con dulce vibración— Ella respira!
—Ella vive! Mi Rosa idolatrada,
de mi senecta soledad consuelo!
Alzáte de esa tumba que me aterra,
vuelve á los besos de tu padre anciano,
al puro amor en que el celeste arcano
no ha mezclado ni un átomo de tierra.
¡Despiértate, oh mi Rosa, rasga el velo
de ese letargo que terror me inspira!—

Y enagenado de placer la mira,
como Dios á los ángeles del cielo.

XXX.

Ella, al sentir sus trémulos abrazos
y de su boca el bendecido sello,
abre los ojos y le ciñe al cuello
la preciosa cadena de sus brazos.

—¡Oh padre!—Hija del alma!.... No añadieron
palabras á sus tiernas emociones;
en brazos uno de otro enmudecieron,
pero divinas lágrimas vertieron
anegando en amor sus corazones.
Y yo bendije á Dios!

XXXI.

En aquel día
lloraron los cipreses de alegría.
Vió la triste mansion de los difuntos
el colmo de las dichas paternales;
y de ambos pechos, palpitando juntos,
manar, como de límpidos raudales,
halagos y embelesos,
gozos, ternuras, lágrimas y besos.







Cornell University
PQ 8497.S16M6

Misterios de la tumba



3 1924 007

All books are subject to recall after two weeks
Olin/Kroch Library

DATE DUE

~~100 06 194~~

~~100~~

GAYLORD

PRINTED IN U.S.A.

ALG FILM

